

No se puede cerrar esta reseña sin repetir que los trabajos de Sauro representan un aporte a la lingüística e historia literaria de Francia y que con su publicación el autor presta un señalado servicio a la ciencia de su segunda patria.

ZDENĚK HAMPEJS.

VITTORIO BERTOLDI, *Grammatica storica della lingua francese*. Libreria Editrice Liguori, Napoli, 1951. 165 págs.

La reedición de esta obra de Vittorio Bertoldi, una de las más altas personalidades en el campo de la filología románica, es un acontecimiento significativo para los historiadores de la lengua francesa. El libro, en su forma actual, completamente refundida, es un claro e incitante compendio de muchos "aspetti e problemi". Los temas tratados por el autor, ilustrados con ejemplos muy bien escogidos y característicos, se refieren a la relación entre los dialectos y la lengua nacional, la grafía y la pronunciación, y los aspectos y problemas de fonética, morfología y lexicografía. Me limito a una sola observación crítica sobre los temas expuestos con claridad y de una manera muy interesante por Bertoldi. En el primer capítulo el autor toca el problema, cuya solución no es empresa fácil, de la relación que hay entre un dialecto y la lengua nacional; al contrario de lo que piensa Bertoldi, no veo la causa primordial del origen de un idioma en el factor geográfico que, a mi modo de ver, aunque de considerable influencia, no tiene la importancia de otros factores como, en primer término, los económicos, políticos y culturales, o sea el predominio en el orden social en toda la extensión de la palabra, de un dialecto sobre otros en la misma unidad geográfica. Creo que estos dos factores, el económico y el geográfico, éste menos que aquél, influyeron decididamente en lo que Bertoldi llama "il fattore storico", un factor — según él — superior al primero de los dos, considerados, en nuestra opinión, como principales. Disintiendo en este respecto del autor, no vacilo en destacar la ingeniosidad extraordinaria del difunto profesor napolitano y el gran valor intrínseco de los capítulos que constituyen este curioso tomo.

ZDENĚK HAMPEJS.

Praga.

ANDRÉ MARTINET, *Économie des changements phonétiques*. Traité de phonologie diachronique. (Bibliotheca Romanica, Manualia et commentationes, X). Berna, A. Francke, 1955. 396 págs.

La lingüística románica es esencialmente histórica, pero debe complementarse con las aportaciones del método sincrónico. Lograremos así una serie de cortes horizontales que se siguen cronológicamente y que deben, cada uno de ellos, explicarse por la evolución de la lengua. Muy

valioso para esta tarea ha de ser el método fonológico, que será siempre para el romanista ante todo la fonología diacrónica. Indudablemente el equilibrio del sistema fonológico es una buena hipótesis de trabajo. Por lo dicho anteriormente nos parece acertada la inclusión de este libro, dedicado al estudio de la economía de los cambios fonéticos, en la serie *Bibliotheca Romanica*, que en Basilea dirige el romanista W. v. Wartburg, a pesar de que no versa únicamente sobre problemas de lingüística románica sino que abarca también aspectos de las lingüísticas céltica, inglesa, itálica, eslava, indoeuropea en general y vasca. Dos capítulos están dedicados concretamente a las lenguas románicas: uno estudia las consonantes de las lenguas románicas occidentales; el otro trata con mucha extensión del ensordecimiento de fricativas y africadas sonoras en el castellano.

El libro comprende dos secciones: la primera de *Teoría general*; la segunda es de *Ilustraciones*. El texto es muy claro; el libro, escrito con maestría notable por un eminente investigador, es de apasionante interés. Digamos con franqueza que de vez en cuando nos ha parecido un tanto atrevido. Pero el autor mismo tiene conciencia de ello y presenta, en consecuencia, sus nuevas hipótesis a la controversia y a la posible rectificación que traigan futuras investigaciones. Con todo, nos parece que es un excelente manual para la iniciación del estudiante en los métodos de la lingüística estructural diacrónica, porque muestra las finalidades que dichos métodos persiguen y cuáles son los resultados que con ellos se pueden obtener.

Con mucha ecuanimidad Martinet reconoce — anotémoslo — que el método fonológico no es el único método de investigación lingüística. Conoce sus límites y hasta lo critica en ocasiones. Evita aquella abstracción teórica que con tanta frecuencia hace que la lectura de las obras de los estructuralistas sea tan penosa. Reprende asimismo la confusión y la falta de claridad en las definiciones que se deja sentir en las diversas escuelas de estructuralistas. Admite también que el sentimiento de estructura de la lengua es muy poco preciso en muchos estructuralistas y, al contrario, no falta en ciertos representantes de la tradición (p. e. en Grammont, pág. 64). Con las siguientes palabras hace Martinet la crítica del estructuralismo: “La validité de sa description ne résulte pas de sa conformité avec la réalité humaine, mais avec la théorie. Or, cette théorie a été établie, pour ainsi dire ‘en consultation’ avec la réalité, mais souverainement et sans appel par le linguiste. C’est Louis Hjelmslev qui a le plus intrépidement dégagé toutes les conséquences d’un irréalisme latent chez ses devanciers, et l’on ne s’étonnera pas que ce soit chez ceux qui le suivent que les descriptions marquent le plus d’indépendance vis-à-vis de leur objet” (pág. 33). Agreguemos unas cuantas citas más del propio Martinet: “C’est en effet dans leurs rapports avec les autres facteurs d’évolution qu’on peut le mieux apprécier la nature et l’importance des facteurs fonctionnels” (págs. 46-47). “Le

point de vue diachronique exige un beacoup plus vif souci de la réalité phonétique que celui qui est de mise lorsqu'on s'escrime à réduire au minimum le nombre des traits distinctifs" (pág. 76). "Il serait également dangereux et répréhensible de jongler avec les symboles de tableaux phonologiques" (pág. 80). "Ceci veut dire qu'en diachronie, plus encore qu'en synchronie, on ne saurait pas se dispenser du bon sens" (pág. 93). Apartes que nos demuestran claramente que Martinet conoce muy bien todos los peligros del método de trabajo de los estructuralistas y trata de evitarlos y sabe cómo hacerlo. Ya este sentido crítico que le anima haría, por sí solo, de él un guía de confianza para el estudiante.

Si la parte teórica, a que ya aludimos algunas líneas arriba, es nueva, las Ilustraciones son en gran parte reelaboraciones de estudios anteriormente publicados. Dicha parte teórica trata sobre las nociones de función, estructura, economía y prosodia. Particularidades: Martinet cree (pág. 28) que la existencia de las dualidades del francés *lent-long* y *blanc-blond* impidió el cambio de *change* en **chonge*. Sin embargo *lundi* se pronuncia hoy *lɛ̃d i* a pesar de la existencia de la dualidad *brun* y *brin*. Demuestra también a cabalidad (págs. 42-43) que el "principio de economía lingüística", que a algunos parece revolucionario, no es creación de la fonología, sino que aparece ya en las obras de O. Jespersen, H. Sweet y Paul Passy. — Pág. 67: S. Pușcariu trató de la diferencia entre fonética y fonología ya en las páginas de la revista *Volkstum und Kultur der Romanen*, III (1930), 16-24, donde encontramos el artículo *Phonetisch und phonologisch*. — Pág. 110: Martinet señala la falta de la consonante sonora correspondiente a *ķ* en holandés y en checo; conviene observar que en el ucranio se ofrece el mismo fenómeno. — Pág. 150: llamamos la atención sobre la justa crítica que hace Martinet de la obra de R. Jakobsen titulada *Kindersprache, Aphasie und Lautgesetz*. En realidad, los datos que poseemos sobre el lenguaje de los niños y sobre el de los afásicos no bastan a sustentar las conclusiones de Jakobsen. — Pág. 227: estudiando la *o* no apofónica del indoeuropeo, Martinet obtiene la reducción del número de las consonantes en la reconstrucción de ciertas raíces. — Pág. 231: estamos de acuerdo con el autor en que, aun si no fuesen ciertas sus nuevas hipótesis sobre el sistema de las velares indoeuropeas (en cuya elaboración aprovechó algunas sugerencias de Benveniste), de todas maneras servirían para aclarar este punto, trabajando no tanto con fonemas como con rasgos distintivos. — Pág. 231: de nuevo llamamos especialmente la atención del lector sobre el sistema que aparece en dicha página. — Pág. 234: muy acertadamente afirma Martinet que no hay razón para vacilar en la postulación de un nuevo fonema indoeuropeo, si fundados argumentos de orden comparativo y estructural lo justifican. — Pág. 238: en el tránsito de **s* a *š* que ocurre en todas las lenguas *satəm*, Martinet no ve un cambio fonético sino la fijación de ciertas variantes del fonema **s* primitivo, fijación que se efectúa en forma independiente en

cada una de las ramas de dicho grupo lingüístico. — Conforme a las hipótesis de Martinet, la *s* tradicional del francés era hasta los siglos XII y XIII una *s* apical (como la *s* del norte de la Península Ibérica) o, por lo menos, hasta el momento en que las africadas *c* y *ch* (pronunciadas *ts* y *tʃ* respectivamente) se transformaron en fricativas (*s* y *ʃ*). Tal *s* apical aclara posiblemente la substitución de dicho fonema por *sh* en los préstamos hechos por el inglés: *pousser* > *push*, *finiss-* > *finish*. Un excelente ejemplo de la economía de la lengua lo ofrece el vocalismo inglés, "the great vowel shift" (págs. 248-256, con un resumen importante desde el punto de vista metodológico en pág. 256).

Martinet no niega que la lenición céltica y la evolución de las consonantes en románico occidental sean determinadas por tendencias análogas, pero, quizás demasiado escéptico, subraya las dificultades que se ofrecen a una interpretación de la evolución románica por el sustrato céltico (no sabemos de cierto si la estructura del gálico corresponde a la del britónico). Refiriéndose al cambio de *u* en *ü* exige la prueba de que este cambio era más comprensible estructuralmente en gálico (o britónico) que en francés, para poder admitir la influencia del sustrato (pág. 296). Expresa además sus dudas de que en britónico *u* pasara por *ü* para llegar a *i*. Sin embargo, sabemos bien que *ū* del latín y del celta (procedente de *oi* indoeuropeo) había dado *ü* en britónico, en la Edad Media, y que pasó a *i* en cámbrico y cónico modernos, permaneciendo como *ü* en bretón. Estamos completamente de acuerdo con el autor en que la lenición en las lenguas célticas es anterior a la eliminación de multitud de vocales primitivas en las lenguas insulares (pág. 261). Presume Martinet que hasta entonces las lenguas célticas habían conservado el acento melódico indoeuropeo, y claro está que no se puede admitir que la lenición en goidélico sea independiente de la lenición britónica (pág. 262). Por otra parte, lo que sabemos del gálico no contradice la tesis de que la lenición es una característica común del céltico (pág. 263). En la página 261 cita el autor como ejemplo de la lenición (relajación de la consonante en posición inicial de palabra) el español que ofrece *Barcelona* (con bilabial oclusiva sonora) y a *Barcelona* (con bilabial fricativa sonora). Otros ejemplos los presentan el sardo (cf. M. L. Wagner, *Historische Lautlehre des Sardischen*, Halle, 1941, §§ 104, 374) y el corso (p. e. a *badrona*, a *bégora*, u *vuğile*, que corresponden, respectivamente, a ital. *la patrona*, *la pecora*, *il fucile*, con formas paralelas, *padrona*, *pégora*, *fugile*).

Son estudiadas en conjunto, tanto las oposiciones *-tt-* : *-t-* y *-t-* : *-d-*, como estas otras *-ll-* : *-l-* y *-nn-* : *-n-*; *-rr-* : *-r-* y *-r-* : *-z-* (págs. 276 y sigs.). (Anotemos de paso que portugués *castello* (pág. 277) representa una grafía anticuada; hoy escriben *castelo*). Concluye el autor que la existencia de "sonantes géminées" en el románico occidental influyó decisivamente en la evolución de las consonantes nasales, laterales y vibrantes (pág. 280). Sin duda se justifica relacionar los relajamientos en los trán-

sitos del latín *tt* y *pp* a *t* y *p* y los cambios del románico occidental $t > d$, $p > b$, $k > g$ y también $d > \delta$, $b > \beta$, etc., en posición intervocálica. Pero esto no es nada nuevo.

Martinet logra explicar la *ll*- del catalán y la *ñ*- del leonés, en contraposición a *l*- y *n*- castellanas mediante antiguas alternancias iniciales según que la consonante quedase o no en situación intervocálica (pág. 283); era, pues, originariamente una alternancia de intensidad. La hipótesis es aceptable, pero dudamos que baste para explicar también la *rr*- inicial del iberorrománico. En este último caso nos sentimos inclinados a pensar en una influencia del sustrato. En vascuence es muy clara la diferencia entre *-r*- y *-rr*-, pero no existen *r*- o *rr*- iniciales. Ninguna palabra vasca comienza por *r* o *rr*. Las palabras de origen latino se han acomodado a este sistema (latín *rege* > vasc. *errege*; compárese esta peculiaridad fonética con lo que ocurre en gascón, donde se antepone *a*- a la *r*- inicial latina y, donde, por lo tanto, tenemos siempre *arr*- en estos casos). Sin embargo, como en vascuence, en inicial de palabra, hay tanto vocal + *r* como vocal + *rr*, el sustrato por sí solo no puede explicarnos por qué en iberorrománico toda *r* inicial se pronuncia *rr*. Mientras no haya mejor explicación, tendremos que contentarnos con la de Martinet, por alternancia. — Si el románico occidental ha nivelado las alternancias iniciales (con excepción — observamos — del corso y también, en general, del sardo), ¿por qué la han conservado las lenguas célticas? Con mucha razón Martinet ve la causa en la construcción sintáctica de las lenguas célticas insulares (pág. 295). Por otra parte, creemos que para explicar la nivelación de las lenguas románicas de occidente hay que tomar en cuenta la influencia del latín escrito que por mucho tiempo acompañó, dentro de la vida cultural, a las lenguas vernáculas.

En el interesante capítulo *Structures en contact: Le dévoisement des sifflantes en espagnol* (págs. 297-325) el autor pretende probar que el ensordecimiento de los sonidos *z*, *dz*, *ž* del castellano medioeval durante el siglo xvi se debe a la influencia del vascuence, al igual que el paso de *f*- a *h*- y a cero. Ciertamente el vasco no conoce sino los correspondientes sonidos sordos. Esta influencia se comprende sólo si se recuerda la castellanización sucesiva de nuevos territorios de habla vasca y de núcleos vascos trasladados al sur durante la reconquista. El autor opina que el ensordecimiento estaba ya avanzado entre la masa de la población cuando todavía las clases superiores conservaban los sonidos sonoros (págs. 319-320).

Cast. *ll* ha pasado a *ž* en la Argentina, en Ecuador y en Méjico, dice Martinet (hay que añadir que también en El Salvador). Por nuestra parte, conocemos también casos de *ž* en vez de *y* (procedente de cast. *ll*) en el habla de las capas sociales bajas de Andalucía y de varios lugares de Castilla. Con el argumento de que en Argentina *pojo* (del lat. *podiu*) se ha conservado, el autor afirma (pág. 300) que *ll* caste-

llana no ha pasado por *y* para llegar a *ž*. Sin embargo, en investigaciones nuestras, encontramos en Andalucía *ažer* y *ože* (cast. *ayer* y *oye*); por tanto, nos parece que no se puede poner en duda la evolución *l* palatal $\text{> } y \text{ > } ž$. Quizás *pooyo* se haya conservado con *y*, para distinguirlo de *požo* (cast. *pollo*), más frecuente. En las págs. 306-309 encontramos una interesante explicación de la evolución *f* $\text{> } h$ -. Allí se nos demuestra cómo, probablemente, los vascos sustituían la *f*- latina (romana) por una *f*- bilabial, o quizás por *ph* (*p* aspirada) que, después, por evolución vasca, pasó a *f* bilabial *y*, posteriormente, a *h*. En esta parte el autor aduce unos cuantos nuevos puntos de vista que hay que tomar en consideración.

Martinet comprueba (pág. 353) que en las formas eslavas *okopati* de *ob* y *kopati*, *okryti* de *ot* y *kryti* no hay una asimilación, sino que se ha relajado la primera consonante de los grupos *-bk-* y *-tk-*, porque, si fuera cierto que *dūno* (con *ū*) proviniese de **dunno-* $\text{< } *dumno-$ $\text{< } *dubno$, no se comprendería la *ū* de la forma antes citada, *duno*.

Un estudio de mucha importancia es el contenido en el último capítulo del libro: *La reconstruction structurale: Les occlusives du basque* (págs. 370-388). No se sabe dónde estaba el acento de la palabra en el vascuence más antiguo. Martinet postula un acento inicial. Recuerda que en roncalés el acento inicial es frecuente (pág. 377). Según nuestras propias observaciones, el acento varía mucho de acuerdo con el contexto. En general carga sobre la última o la penúltima sílaba. En labortano y guipuzcoano los sustantivos plurales llevan el acento en la última sílaba, pero, también, un acento secundario en la primera. En labortano ciertos individuos, aun ciertos lugares, acentúan la sílaba inicial de palabras que otros hablantes acentúan en forma diferente. Hablé de la inconstancia del acento en la misma palabra y en la misma persona en *RDTP*, IX (1953), 574. El sistema fonológico del vascuence elaborado por Martinet (pág. 387) nos parece bien aceptable, así como la hipótesis de que *p*, *t*, *ts* y *k*, en posición inicial, eran fuertemente aspiradas; menos aspiradas entre la primera y la segunda vocal, y poco o nada en otra posición. La distribución de la aspiración confirma la hipótesis de Martinet sobre el acento inicial originario. Vasc. *baže*, del latín *pace*, y *gauza* $\text{< } \text{lat. } causa$ ofrecían ciertas dificultades para explicar su inicial. Ahora podemos comprender que, no poseyendo el vascuence en posición inicial sino solamente *ph* y *kʰ* fuertemente aspiradas, éstas no podían servir para reproducir *p*- y *k*- no aspiradas del latín y eran reemplazadas por *b*- y *g*-. En posición intervocálica, la situación era distinta, pues entonces *p* y *k* del vasco eran escasamente aspiradas y correspondían, poco más o menos, a los sonidos latinos. De esto se deduce que *ph*- y *kʰ*- iniciales del vasco mantenían su aspiración cuando se introdujeron los préstamos del latín.

Antes de terminar agreguemos algunas observaciones más: Martinet habla de *baže* en la pág. 378, en donde explica el fenómeno por un sis-

tema fonológico del vascuence análogo al sistema del danés recordado en la pág. 376. — Pág. 383: el autor traduce vasc. *ba-dakit* por “je sais”, y en la pág. 388 interpreta *badaki-t*, también por “je sais”. La traducción correcta de *ba-dakit* es “ya lo sé”, en francés “je le sais bien” o “je ne l'ignore pas”. — Pág. 383: sería mejor dar, como formas opuestas, en lugar de *ba-dakit* “je sais” y *ez-takit* “je ne sais pas”, *dakit* “je le sais” y *ez-takit* “je ne le sais pas”.

Naturalmente las breves indicaciones que anteceden no pueden dar una idea de la riqueza del contenido del libro de Martinet; no obstante, esperamos que el lector se haya podido formar una opinión sobre su particular valor como obra introductiva a la fonología diacrónica, que demuestra las ventajas que resultan de una combinación del método histórico con el estructural y que, a la par, presenta hipótesis muy sugestivas.

WILHELM GIESE.

JOHANNES HUBSCHMID, *Pyrenäenwörter vorromanischen Ursprungs und das vorromanische Substrat der Alpen*. (Acta Salmanticensia, Filología y Letras, tomo VII, núm. 2). Madrid, C. Bermejo Impresor, 1954. 81 págs.

El señor Hubschmid, a cuyos trabajos sobre el léxico prerrománico de los países mediterráneos occidentales de Europa ya nos hemos referido varias veces en esta misma revista, estudia en esta publicación los elementos léxicos prerrománicos comunes a los Pirineos y a los Alpes. El estudio se basa en una conferencia dictada por el autor en el VII Congreso Internacional de Lingüística Románica, celebrado en Barcelona, en 1953, que se intitula *Lexique préromain des Pyrénées et des Alpes* y que será publicada en las Actas de dicho Congreso, y que aquí aparece ampliada.

No estamos de acuerdo con Hubschmid en todos los pormenores de su trabajo, bien meditado y elaborado con mucho cuidado; pero, a pesar de todo, no podemos menos de aceptar en general sus resultados. Si la mayor parte de sus conclusiones están por encima de cualquier impugnación, algunas de las comparaciones lingüísticas que establece son, en todo caso, posibles, y deben ser admitidas por lo menos provisionalmente; sólo unas pocas no nos han podido convencer. Reconozcamos, eso sí, que la investigación del sustrato prelatino de los países románicos experimenta un significativo avance con cada nueva publicación del autor.

Importantísima nos parece la afirmación (pág. 12) de que no existen palabras prelatinas comunes a los Pirineos y a los Alpes que no se encuentren también en los territorios limítrofes de España y Francia o en el norte de Italia. De estas palabras prelatinas comunes a los dos